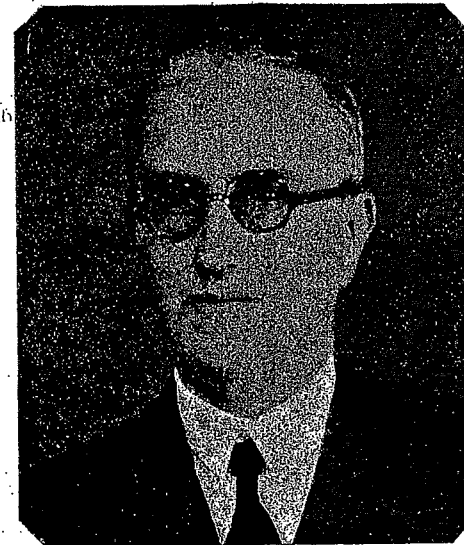


CRÓNICA OFICIAL



FELIX F. OUTES

El 9 de septiembre de 1939 falleció en la ciudad de Buenos Aires, don Félix F. Outes, fundador y Presidente honorario de la Sociedad Argentina de Antropología, y, sin dudas, nuestro más sabio y prestigioso cultor de esta ciencia en la actualidad.

Outes ha sido para nuestra materia algo más que un ilustre investigador; recordemos que le cupo comenzar la tarea cuando hubo que crearse todo: principios, normas, instituciones, elementos, y lo que es más difícil, un ambiente. Era la época de Ameghino, Ambrosetti y Torres, la época heroica, aun no desvanecida del todo, en que estos hombres, meros juntadores de huesos y cacharros, rodeados por la indiferencia o la simple curiosidad, echaron la base sólida de nuestras ciencias antropológicas. Su talento y su impulsión al estudio de estas disciplinas fué precoz. Cuando sólo tenía 19 años, allá por 1897, publicaba su primera obra, "Los Querandíes", de intención, valores y seriedad inusitados para la época y la corta edad del autor. A partir de entonces, y sin fecundidad que resintiera la solidez de su producción, siguió una serie de obras, artículos, folletos,

sobre los cuales se funda, casi exclusivamente, nos atrevemos a decirlo, el prestigio de su nombre.

Sus estudios y monografías reconocen todos un fin claro y concreto; siempre agotó las posibilidades que ofrecía el tema que abordaba, sin dejar promesas de investigación ulterior, más profunda y definitiva. Si algo distingue su obra y le da carácter, es la fría objetividad del análisis, la prolijidad parsimoniosa de las citas, la prudencia en las conclusiones. "La edad de piedra en Patagonia", "Los tiempos prehistóricos y protohistóricos en la provincia de Córdoba", y sea tan sólo por recordar aquellos títulos que nos son más familiares, quedan como verdaderos prototipos.

No fué Outes, y esto lo diferencia de los antropólogos de la primera época, exploradores a la par que estudiosos, hombre de campaña. Sus viajes fueron escasos, superficiales. Su tarea se desarrolló, casi exclusivamente, en el confortable pero limitado ambiente del gabinete.

Fué polemista y crítico agudo, de palabra recia y sin recato; su franqueza, rayana en la crueldad, le enajenó voluntades, creando fama de temible a su figura pequeña y nerviosa.

Pese a que su obra es la que mayor influjo ejerce sobre la actual generación, y que pocos son los investigadores que escapan a su ejemplo metodológico, pese a ser un maestro indiscutido, careció, paradójicamente, de discípulos. Tal vez faltó a su espíritu alguna de esas providenciales condiciones que hacen al maestro, la simpatía que atrae, la bondad que inspira la tolerancia.

Nos deja Outes una herencia valiosa que, por singular excepción, no necesitará la ayuda de los apologistas ni del tiempo para ser apreciada en su verdad; nos queda de él el ejemplo de una vida consagrada al estudio.

A. M. S.

HOMENAJE A AMBROSETTI

Las gestiones iniciadas por la Sociedad Argentina de Antropología para que se diera el nombre de Juan B. Ambrosetti a una calle de Buenos Aires tuvieron, tras largas vicisitudes, cumplido éxito.

El Honorable Concejo Deliberante, en la sesión del 8 de agosto de 1939, sancionó la ordenanza 10.489 denominando Juan B. Ambrosetti la antigua calle



Retrato de Ambrosetti para la placa colocada en la calle que lleva su nombre. Original de Mario A. Arrigutti.

Mocoretá, ordenanza iniciada a nuestro pedido por el concejal don Francisco A. Turano, y apoyada por todas las instituciones científicas vinculadas a la labor realizada por Ambrosetti.

El homenaje tuvo exteriorización, cálida y rotunda, en el acto de la inauguración de la placa, colocada por nuestra Sociedad en el comienzo de la calle que lleva el nombre del sabio, el día 26 de octubre de 1940. La prensa de la Capital destacó la importancia de aquel acto y el inusitado aporte popular. Los oradores precisaron la significación del homenaje que se realizaba.

El doctor Eduardo Casanova habló en nombre de la Sociedad Argentina de Antropología; el profesor Francisco de Aparicio, en representación de la

Universidad de Buenos Aires; el doctor Emilio Ravignani, en nombre de la Facultad de Filosofía y Letras; el profesor Martín Doello Jurado, en representación del Gobierno de Entre Ríos y del Museo Argentino de Ciencias Naturales; finalmente, el diputado nacional don Francisco A. Turano, especialmente invitado por ser el autor de la ordenanza.

La provincia natal de Ambrosetti estuvo ampliamente representada en el acto. El Gobierno de la provincia adhirió, por decreto de fecha 22 de octubre de 1940, designando su representante al profesor Martín Doello Jurado y, además de numerosas personalidades, hicieron llegar su adhesión las siguientes instituciones: Museo de Entre Ríos; Academia Nacional de la Historia, Filial Entre Ríos; Asociación Folklórica Argentina, Filial Paraná; Colegio Libre de Estudios Superiores, Filial Entre Ríos; Círculo de los Profesores Diplomados en la Enseñanza Secundaria de Paraná; Rotary Club de Paraná; Instituto Entrerriano de Estudios Históricos, de Concepción del Uruguay; Sociedad "El Porvenir", administradora de la Biblioteca Popular de Concepción del Uruguay.

DISCURSO DEL DOCTOR EDUARDO CASANOVA

La Sociedad Argentina de Antropología fué fundada, hace poco más de cuatro años, para vigorizar el espíritu de solidaridad entre los que se dedican a estos estudios, y para coordinar la investigación, haciéndola más proficua mediante la acción conjunta de los antropólogos y de todos aquellos que se sienten atraídos por los problemas que presentan las Ciencias del Hombre.

Al iniciar sus tareas la nueva institución, sus miembros consideramos las necesidades del presente y los planes para el futuro, no olvidando lo mucho que se había hecho en el pasado, ya que, precisamente, fueron los abnegados esfuerzos y sacrificios de los hombres ya desaparecidos, los que nos han permitido establecer, sobre sólidas bases, nuestros trabajos de investigación. En la sesión inaugural, el entonces Presidente de la Sociedad, profesor don Félix F. Outes, cuya muerte ha dejado tan sensible vacío en nuestras filas, pronunció unas palabras que voy a repetir, porque ellas son expresión fiel de este sentimiento que nos liga a las generaciones que nos precedieron. Después de destacar, con acertadas frases, los méritos de Moreno, Ameghino, Quiroga, Lafone Quevedo, Ambrosetti, Debenedetti y Boman, el profesor Outes agregó: "La Sociedad Argentina de Antropología ha de conservar, devotamente, el recuerdo de estos precursores y maestros ilustres que fundamentaron y dieron personalidad estable y vigorosa a los estudios de Antropología en la República".

Corresponde al profesor don Francisco de Aparicio, nuestro actual y digno Presidente, el honor de haber sido el primero en concretar una iniciativa para que la Sociedad rindiera su homenaje a uno de nuestros más prestigiosos hombres de ciencia: el Dr. Juan B. Ambrosetti. A fines de 1937 proponía al Consejo

Directivo que se gestionara ante la Municipalidad la designación de una calle de la Capital con el nombre del distinguido investigador y que, obtenido esto, se colocara, en acto público, una placa conmemorativa. La moción recibió el voto unánime de los miembros del Consejo y el apoyo entusiasta de todos los socios; efectuado el pedido a la Municipalidad, se adhirieron al mismo, en conceptuosas notas, las instituciones científicas a las que había estado vinculado el Dr. Ambrosetti, debiendo citarse especialmente: la Academia Nacional de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, la Academia Nacional de la Historia, la Sociedad Científica Argentina, la Sociedad Argentina de Ciencias Naturales y la Sociedad Argentina de Estudios Geográficos. Diversas causas, entre ellas el cambio de autoridades municipales, hicieron que este pedido no llegara a ser considerado oficialmente.

El profesor Aparicio, a cuyo cargo estaban las gestiones, no se desanimó por este contratiempo, y el año pasado reinició empeñosamente su tarea, consiguiendo, con la eficaz colaboración del Dr. Emilio Ravignani, que el entonces concejal y hoy diputado nacional, profesor don Francisco Turano, tomara a su cargo el asunto y presentara al Concejo Deliberante el proyecto de ordenanza por el cual se daba a la calle en que nos hallamos el nombre de Juan B. Ambrosetti. Poco después se sancionaba y promulgaba la ordenanza, y desde entonces, la ciudad puede enorgullecerse de que una de sus arterias lleve el nombre de una personalidad ilustre que mereció bien de la patria.

Quedaba el difícil problema de trasladar al bronce la efigie del sabio, pero también este obstáculo fué superado gracias al talento del joven artista Mario Arrigutti, quien ha obtenido el triunfo de realizar un trabajo, al cual han prodigado sus elogios los familiares y amigos del Dr. Ambrosetti, que conservan intacta, en su corazón y en su cerebro, la imagen querida.

Hoy culmina el homenaje en este sencillo acto, realizado por la adhesión de prestigiosas instituciones, así como por la presencia de distinguidas personalidades y de un grupo de alumnas de la Escuela Normal N° 4, herederas de la tradición de la Escuela Normal Superior, que funcionó en este mismo edificio que se levanta frente a nosotros, y en la cual dictó cátedra el Dr. Ambrosetti.

La Sociedad Argentina de Antropología ha querido hacer conocer los detalles de la organización de este homenaje, para rendir público testimonio de gratitud a todos aquellos que han contribuido a que el justo anhelo se convirtiera en espléndida realidad.

Antes de ceder esta tribuna a los oradores que harán revivir, con la magistral autoridad que les dan sus antecedentes, algunos aspectos de la vida y obra del Dr. Juan B. Ambrosetti, quiero sintetizar, en pocas frases, el significado que para los miembros de la Sociedad Argentina de Antropología tiene la figura del sabio. Muerto hace más de veinte años, muchos de nosotros no lo conocimos personalmente o fueron contadas las ocasiones de tratarlo, por lo cual nuestro juicio

no puede ser acusado de estar influido por las elevadas prendas morales de su carácter, cuya ingénita bondad y tolerante comprensión le hacían ganar el corazón de todos aquellos que le rodeaban.

Vemos en Ambrosetti a un investigador de verdad, en cuyo ejemplo mucho tenemos que aprender, y que dedicó su vida entera a las Ciencias del Hombre, dejando de lado la tentación de las fáciles comodidades que su holgada situación económica le brindaba. Su perseverancia en el trabajo, su dinámica actividad y su genio intuitivo, que colmaba los vacíos que presentaban los conocimientos en su época, le permitieron plasmar la arqueología argentina, abriendo nuevos horizontes a los estudiosos. Dió sólidas bases: a la exploración sistemática, mediante sus viajes a los más apartados rincones del país; a las publicaciones científicas, con sus obras monográficas; a las instituciones de la especialidad, con la creación del Museo Etnográfico de la Facultad de Filosofía y Letras; y, por último, sabiendo que la vida de un hombre es demasiado corta para obra semejante, que reclama continuo perfeccionamiento, despertó en otras almas, especialmente en la de su más esclarecido discípulo, el Dr. Salvador Debenedetti, el amor por estas investigaciones, de manera que la tea encendida por su talento fuera transmitiéndose de espíritu en espíritu, aumentando su luminosidad con las sucesivas adquisiciones.

Mucho más podría agregar, pero basta con repetir esas tres palabras que ostenta la placa, y que, en su sencilla elocuencia, lo dicen todo: Juan B. Ambrosetti fué:

Explorador - Arqueólogo - Maestro.

DISCURSO DEL PROFESOR FRANCISCO DE APARICIO

“Cumpro con el honroso deber de traer a este acto, la palabra de la Universidad de Buenos Aires.

No podía faltar esta palabra. Ambrosetti fué, en grado eminente, un hombre de la Universidad. No salió, sin embargo, de sus aulas. Entró a ellas, trayendo el fruto de lo que había cosechado por su cuenta. Suerte de doctor monotonero — como se definiera a sí mismo Sarmiento —, alcanzó la sabiduría espontáneamente, como una localidad de tránsito, en su continua marcha por la vía de la investigación y del estudio.

La Universidad de Buenos Aires, que había alcanzado jerarquía realmente universitaria, coronando sus escuelas técnicas con una facultad destinada al estudio de las humanidades, no pudo prescindir de él: llevóle a la cátedra, le encomendó la creación del Museo Etnográfico y lo premió con sus más grandes honores: doctor y académico.

La Sociedad Argentina de Antropología tuvo la iniciativa del homenaje cuya realización termina con la ceremonia de hoy. Y lo ha realizado natural-

mente, como una tarea ineludible dentro de sus propias finalidades. En esa institución nos hemos reunido cuantos en el país nos dedicamos a la investigación en el campo de las ciencias antropológicas. Nos hemos reunido para dar mayor eficacia a nuestra labor y para provocar y facilitar actividades análogas en los que hoy se inician en este género de disciplinas. Tal propósito ha creado entre nosotros un nuevo estado de cosas: un clima generoso de tolerancia y de mutua comprensión; de simpatía para la labor ajena; de estímulo, de colaboración y de guía para los jóvenes.

Logrado este clima, nos hemos asombrado nosotros mismos de los frutos obtenidos en breve espacio de tiempo. Advertimos, entonces, que estamos haciendo — reunidos y contando con grandes facilidades — lo mismo que hiciera Ambrosetti, hace medio siglo, solo, frente a enormes dificultades. Así se explica que este homenaje haya surgido, espontáneamente, como un acto de justicia impostergradable.

Ambrosetti no es un caso aislado en nuestra historia. En la segunda mitad del siglo anterior — como si les hubiera llegado el momento de actuar en el drama de nuestra vida nacional — aparecen en escena algunos iniciados en el campo de las artes y las ciencias. Llegan como obedeciendo a un mandato divino, en momentos en que nuestra cultura había alcanzado tal madurez que necesitaba actividad en todas sus manifestaciones intelectuales. Vienen dotados excepcionalmente. Traen un mandato imperativo que cumplir. A condiciones de talento, indispensables, suman un espíritu de generosidad extraordinario. Soldados de vanguardia, deben de abrir el camino, dispuestos a sacrificarse, a menudo obscuramente, para que triunfen los que vienen detrás.

En la breve historia de nuestro arte y de nuestra ciencia, aparecen, al comienzo de cada una de sus manifestaciones, uno de estos grandes hombres que alcanza dimensión prócer en la contienda, siempre ruda, contra la incomprensión y la ignorancia.

Tocó a Ambrosetti la suerte de ser el predestinado para abrir la brecha en el campo de la arqueología. Nuestra presencia en este sitio dice, con sobrada elocuencia, de la eficacia con que cumplió su destino. Joven, extremadamente joven, como si presintiera su muerte prematura, inició su carrera. Con excepcional clarividencia, que habría de ser característica de toda su labor, comprendió que el conocimiento del país era tarea preliminar. Sus viajes cimentan su obra de investigador. Viajó, afanosamente, inteligentemente. Viajó hacia los cuatro rumbos, como si se hubiera propuesto descubrir, en el suelo patrio, el cuadrante que más rico venero pudiera ofrecerle. Localizó, así, las grandes culturas del Noroeste y dedicó a ellas el período más fecundo de su vida.

Doble herencia nos legó Ambrosetti: su obra y el recuerdo de su vida. Bello ejemplo de lo que puede una voluntad perseverante, dirigida por un noble afán, es su obra. Desde sus primeros pasos — tanto en la búsqueda afanosa en el

“antigal” frágil como en la elaboración febril en la mesa de trabajo — evoluciona Ambrosetti desde el balbuceo del principiante hasta la obra magistral que fija rumbos al porvenir.

Toda la obra de Ambrosetti — autodidacta en el más amplio sentido del término — se resiente de un cierto carácter de improvisación. Revela la urgencia de lograrlo todo, en breve tiempo. Bastóle así su corta existencia para explorar los yacimientos arqueológicos más importantes de nuestro país, exponer sus resultados en monografías que son hoy las obras clásicas de nuestra arqueología y organizar, luego, las colecciones reunidas, en el Museo Etnográfico.

Investigadores posteriores dispondrían de recursos técnicos que les permitirían desarrollar una labor, aun más precisa, en el terreno. Otros, darían atención preferente al trabajo de gabinete y, en tarea lenta, penosa, heroica, a veces, se empeñarían por alcanzar la erudición cabal, el adjetivo justo, la coma oportuna. Unos y otros comprometen nuestro afán con ejemplos de perfección, difícil de alcanzar. Mas, la obra de los continuadores de Ambrosetti es, precisamente, la que aquilata su labor. Es la que nos lleva al convencimiento de que aquélla, además de su valor histórico, tiene quilates suficientes para asegurarle — permanentemente — el papel de piedra liminar de la arqueología argentina, que hoy desempeña.

Doble herencia nos dejó Ambrosetti, dije hace un momento: su obra y su vida. Por intensa, por noble y generosa, esta última ha proyectado hasta el futuro tan rico testimonio tradicional que nos resulta familiar a todos los que no lo tratamos en vida. Los que conocemos su obra, sabemos, además, de su espíritu casi maternal, que lo dió todo, sin exigir nada. Sabemos lo que nosotros le debemos. Sabemos lo que el país le debe.

Más aun, en instantes de sincera introspección, todos y cada uno de nosotros — cualquiera que sea el grado de hipertrofia de su propia vanidad — ha tenido que sentirse, en algún modo, discípulo de Ambrosetti. Y, a fe, que no ha tenido motivo para avergonzarse de ese descubrimiento.

Y si alguno de nosotros, en momentos de flaqueza, ha sentido la tentación de hundir al prójimo para destacarse, de madrugara en el tratamiento de un tema que no le corresponde, de ocultar el libro o el dato que pudiera mejorar la labor de otro, seguro es que la sombra patriarcal de Ambrosetti ha de haber surgido en su conciencia, como una admonición suave y eficaz, avergonzándolo de tales procedimientos.

Es el reconocimiento unánime de esta virtud y de aquella sabiduría lo que explica la espontaneidad de este homenaje. Y es por eso que el mayor homenaje, en realidad, lo constituye nuestra presencia en este sitio.

“Si no lo impidiera la alta representación que invisto, a riesgo de ser espectacular y poco original, pero seguro de ser justo y eficaz, hubiera reducido estas palabras — vanas y superfluas — sólo a tres: Ambrosetti, aquí estamos.”

DISCURSO DEL DOCTOR EMILIO RAVIGNANI

El doctor Emilio Ravignani, en nombre de la Facultad de Filosofía y Letras evocó, en brillante improvisación, la figura de Juan B. Ambrosetti, recordando que sus monografías constituyeron el comienzo del elenco de la serie de publicaciones del Museo Etnográfico. Hablando luego de esta institución, destacó que en la actualidad, mediante la ayuda municipal, y por obra de los diversos directores que tuvo, ha excedido los límites de un simple centro de cultura universitaria, para transformarse en un lugar donde la población de Buenos Aires puede ir a aprender lecciones. El Dr. Ravignani terminó expresando que Ambrosetti merecía ser recordado por la ciudad, ya que su obra y su esfuerzo resultaron útiles a la comunidad.

DISCURSO DEL PROFESOR MARTIN DOELLO JURADO

“Señores:

Debo, ante todo, cumplir la misión con que me ha honrado el Gobierno de la provincia de Entre Ríos al encomendarme su alta representación en este acto. Ha querido con ello no sólo recordar con orgullo que el Dr. Juan B. Ambrosetti había nacido allá, sino que fué en Paraná donde muy joven aun se inició en las ciencias naturales, como ayudante del antiguo museo provincial dirigido por el benemérito profesor Pedro Scalabrini, y donde elaboró sus primeros ensayos zoológicos y paleontológicos, que después había de dejar — aunque conservando siempre la cultura básica y la mentalidad del naturalista —, para entregarse de lleno a las ciencias etnológicas, en las que fué discípulo de sí mismo y luego maestro de los demás.

Los dignísimos colegas que, en forma oportuna y feliz, han organizado esta simpática y significativa ceremonia, han querido también que el Director del Museo Argentino de Ciencias Naturales expresara en ella su adhesión. Muy justificada tan deferente decisión, y muy fácil la tarea de quien la cumple gustosamente. La vida y la obra de Ambrosetti aparecen ahora consagradas en el más alto plano de la cultura nacional. Muy íntimamente grata también está misión para quien tiene el honor de hablar, vinculado como estuyo al maestro por muchos y fuertes lazos de admiración, de cariño y de amistad, y de tantos comunes afanes y motivos de estudio.

En otras ocasiones expresé yo cuán grandes fueron las relaciones de Ambrosetti con el Museo de Buenos Aires, del cual fué, durante la dirección de Florentino Ameghino, jefe honorario de la Sección Arqueología, y en cuyos “Anales” publicó sus primeros trabajos importantes. Él consideró siempre al viejo Museo, aun después de haberse independizado de él para fundar el Museo Etnográfico de la Universidad de Buenos Aires, como su casa paterna, donde

entraba invariablemente como a la propia, y donde así era recibido. La adhesión de aquel instituto a este acto es, pues, tan sentida y cordial como consistente y fundada.

Pero hay otra razón, podríamos decir de orden edilicio, que torna más justificada y grata esta manifestación. El Museo Argentino de Ciencias Naturales, en sus nuevas instalaciones del vecino Parque Centenario, se congratula efusivamente de ver que, por feliz acuerdo de las autoridades municipales y de la Sociedad Argentina de Antropología, autora de esta iniciativa, haya sido esta calle la que lleve el nombre del ilustre arqueólogo, así como se proyecta que otras de la misma vecindad lleven los nombres de nuestros grandes sabios y exploradores. Esta calle conduce, en efecto, hasta el nuevo edificio del Museo Argentino, en la larguísima brega de cuya construcción él tanto se interesó en sus últimos años.

Así ahora, la calle Juan B. Ambrosetti, al modo de uno de aquellos arroyos de su provincia natal (cuyo nombre, casualmente, llevaba hasta ahora), que se echan a otro de los grandes ríos como el Paraná, viene desde el Parque del Museo, habiendo abierto su cauce a través de una de las grandes quintas tradicionales, a desembocar en este otro enorme caudal de la calle Rivadavia, que naciendo en el corazón mismo de la Capital y del país, la histórica Plaza de Mayo, atraviesa toda la ciudad y se prolonga sin interrupción por las pampas hasta Mendoza, y luego sigue hasta Chile, como la ruta del Libertador. En el fragor de su tránsito diario, la boca de esta calle apacible y arbolada, asomándose con esta efigie de bronce al bullicio de la vía grande, recordará a los pasantes un preclaro nombre latino que se hizo genuinamente criollo, el de un hombre que consagró su vida y todas sus energías, apasionada y generosamente, y también sencilla y buenamente, sin alardes ni posturas académicas, al culto de las vidas humanas de la Argentina prehistórica, en el ambiente tranquilo y callado de su gabinete o en los valles calchaquíes y las quebradas jujeñas, con el ánimo fiel y sanamente patriótico y la inteligencia perspicaz de quien está convencido de que realiza una obra útil y bella, que es también obra de fe."

DISCURSO DEL DIPUTADO NACIONAL DON FRANCISCO A. TURANO

"Señores:

Por gentil recordación y decisión del Consejo Directivo de la Sociedad Argentina de Antropología, en mi carácter de autor de la ordenanza n° 10.489, que denominó Juan B. Ambrosetti a una calle de esta ciudad, me corresponde hacer uso de la palabra en este acto de colocación de la placa, que señala a la admiración del público, el nombre de aquel verdadero héroe civil.

La Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires, al incorporar el nombre de Ambrosetti a una de sus calles, realizó un acto de estricta justicia, un deber

patriótico que señala al juicio del pueblo, la recordación perenne de un sabio auténtico, que cimentó los prestigios de nuestra nacionalidad por su obra estrictamente científica y especializada.

La vida de los hombres consagrados a la ciencia pasan, por lo general, inadvertidamente. Sus vidas se circunscriben en el silencio de sus gabinetes, porque la soledad es la inseparable compañera que coadyuva en las tesonerías y profundas investigaciones del estudioso.

Se adquiere, por lo general, una modestia congénita, porque cuanto más grande es el cerebro más noble y humilde es el alma, e inciden en el carácter del hombre sabio. Él vive para la humanidad y a ella entrega todo su patrimonio, que es su saber. Los placeres de la vida los tiene en su trabajo solitario, y sus infinitas riquezas están en la potencialidad de su cerebro.

En los términos precedentes, tenéis el perfil inconfundible de Juan B. Ambrosetti. Nacido en la tierra de las cuchillas, en la vieja Gualeguay, donde los rumorosos ríos invitan a las almas inquietas a remontarlos para conocer sus misterios; nacido en la tierra del libertador y organizador de la República, don Justo José de Urquiza, como si fuera un signo de Dios para enaltecerla y dejarla inmarcesible en la esperanza gloriosa de sus hijos. Y en la flor primorosa de su edad, cerró sus pétalos, para no desperdiciar su polen, pero largó al viento el perfume penetrante de su sabiduría. La naturaleza lo subyuga, pretende desentrañar parte de su misterio, y en temprana edad siente las inquietudes de un cerebro maduro, y se agrega a la caravana de naturalistas, iniciándose en la investigación y colección de elementos de zoología y etnografía, y por cuyos méritos a los veintidós años de edad fué designado Director de la Sección Zoológica del Museo de la histórica ciudad de Paraná. Su espíritu dinámico lo impulsa hacia el terreno de las investigaciones arqueológicas, quiere complementar sus conocimientos sobre los elementos étnicos del país, y recorre leguas y leguas incansablemente y busca en las profundidades del suelo los misterios de las razas autóctonas extinguidas. La meseta misionera con su enmarañada selva, donde las plantas epífitas buscan las caricias del sol, y donde el río cavó su cauce en su lecho de roca dejándolo escapar por sus gargantas con sus fantásticos murmullos, sintió la pisada silenciosa del sabio, dirigida hacia la inconfundible búsqueda de los elementos constitutivos de una ciencia auxiliar. La llanura chaco-bonaerense, delimitada en sus secciones por el río Salado del Norte, fué recorrida también por Ambrosetti en la intensificación de sus investigaciones, y allá en el lejano Noroeste argentino, donde la árida puna sirve de muralla límite a los cordones precordilleranos y subandinos, donde la civilización diagnaita-calchaquí sentó sus reales en las alturas hasta en las regiones de las sierras pampeanas de la gran región andina, porque tal vez creían que más cerca de Dios se alejaban de la maledicencia y de la codicia insaciable de los hombres; allá, digo, Ambrosetti ambuló, ahuyentando tal vez con su

recia figura al rey de las montañas, y más de una noche en lecho de roca, cubierto con el poncho tejido por manos que él investigó su remotísima ascendencia, se puso a filosofar frente al cielo cubierto de infinitas estrellas que salpicaban sus lucés de plata sobre los niveos picos del majestuoso Ande. Pero la patria es muy extensa, y los elementos raciales se han esparcido a lo largo del continente hasta en su confín, el paralelo 55; es necesario, pues, recorrerla e ir a la búsqueda de los factores que nos han de aclarar los períodos prehistóricos de la patria. ¡Qué tarea ímproba, abrumadora! Ambrosetti no se detiene; hay que completar los conocimientos adquiridos; él se ha trazado un plan de labor desde sus primeros años; hay que proseguir la obra; hay que marcar rumbos, hay que crear nuevas orientaciones, hay que establecer la escuela de la arqueología argentina. Y Ambrosetti, señores, con fe, recorre las mesetas patagónicas, y al ver sus formas de anfiteatro su alma de maestro contempla sus estrados desérticos, que algún día pasarán los discípulos que seguirán su escuela.

Consagró su existencia a la ciencia, por eso fué un sabio y trabajó hasta los últimos instantes de su vida, él bien lo sabía; mientras hay aliento, hay vida; mientras hay vida, hay espíritu de lucha, y mientras hay espíritu de lucha hay fe, esperanzas y ansias incontenibles de hacer bien a la humanidad. La luz cuyos últimos destellos se extinguen puede encender la tea de incalculables proyecciones. Y la luz, señores, se extinguió, pero dejó encendida una tea cuyo resplandor se pierde en el infinito.

He dicho."

MEMORIA 1937 - 1938

Consejo Directivo. En la Asamblea ordinaria de socios realizada el día 22 de septiembre de 1937 se eligieron autoridades para el período 1937-1938, quedando constituido el nuevo Consejo Directivo de la siguiente forma: Presidente, Francisco de Aparicio; Vicepresidente, Eduardo Casanova; Secretario, Jorge Cranwell; Tesorero, Gervasio Fernández Madero; Vocales: Romualdo Ardissoné, José Imbelloni, Eva Iribarne, Salvador Canals Frau y Milcíades Alejo Vignati.

La constitución del Consejo Directivo sufrió una modificación, suscitada por la renuncia que de su cargo de Secretario presentó el Sr. Jorge Cranwell, y que fué aceptada en la sesión del 4 de mayo de 1938, nombrándose en su lugar a la Srta. Eva Iribarne. En la misma sesión se procedió a la elección del Vocal que había de ocupar la vacante dejada por la Srta. Iribarne, recayendo ésta en la persona del Sr. Jorge Cranwell.

Se celebraron reuniones durante ese período, los días 29 de septiembre, 17 de noviembre y 13 de diciembre de 1937 y 4 de mayo y 16 de agosto de 1938. El día 28 de septiembre de 1938 se celebró Asamblea ordinaria para renovar autoridades.

Iniciativas. Durante este período fueron aprobadas por el Consejo Directivo las siguientes iniciativas presentadas por sus miembros:

En la sesión del 29 de septiembre de 1937, el señor Presidente propuso efectuar una "Semana de Antropología", que consistiría en una serie de reuniones de comunicaciones a realizarse durante el transcurso de una semana. Indicó la conveniencia de que se iniciara en los últimos días del mes de noviembre, y que, como acto de clausura, se efectuase una excursión por los alrededores de esta Capital, visitándose algún sitio de interés arqueológico. En la misma sesión se aprobó la moción del señor Presidente, tendiente a tramitar ante las autoridades municipales, que se diera el nombre de Juan B. Ambrosetti a una calle de esta ciudad, como homenaje público al iniciador de las investigaciones arqueológicas en este país.

En la reunión del 13 de diciembre del mismo año, manifestó el señor Presidente los deseos de las autoridades de la Sociedad Amigos de la Arqueología, de Montevideo, de efectuar reuniones científicas de conjunto entre ambas asociaciones, exponiendo, por su parte, que creía conveniente realizar reuniones periódicas que tendrían lugar en distintas ciudades del litoral de ambos países; actos que llevarían el nombre de "Reuniones rioplatenses de Etnología". El mismo propuso, en la reunión del 4 de mayo de 1938, que la Sociedad se ocupara de precisar y fijar el vocabulario técnico de antropología y ciencias afines, encargándose a la comisión que tiene la dirección científica de la Sociedad la tarea de formular el plan de trabajo. Manifestó también, que creía de interés que la Sociedad hiciera conocer la bibliografía que, antigua o moderna, fuera poco conocida. Ambas iniciativas fueron aceptadas por el Consejo Directivo, el cual acordó fijar el primer miércoles de cada mes para las reuniones de comunicaciones y el tercero para la discusión de la nomenclatura técnica y comentarios bibliográficos. En la segunda reunión, celebrada el día 16 de agosto del mismo año, el señor Presidente propuso que los socios más capacitados de la Institución dictaran cursos breves de historia precolombiana, destinados a los profesores de colegios secundarios, a fin de facilitarles la enseñanza de esa parte de los programas de historia. Los cursos serían dictados por catedráticos universitarios o por aquellas personas designadas de común acuerdo con el Ministro. En la misma sesión hizo moción el señor Presidente para que la Sociedad Argentina de Antropología lograra que el Foto Club Argentino dictase un curso de fotografía para sus socios, en base de un programa que oportunamente se formularía. El Consejo Directivo le encomendó al mismo las gestiones necesarias.

Reuniones científicas. La Sociedad inició las gestiones científicas correspondientes a este ejercicio, celebrando la Semana de Antropología, en la cual fueron invitados a participar los más destacados especialistas del país. Se celebraron reuniones en el local del Museo Etnográfico de la Facultad de Filosofía

y Letras durante los días 29 y 30 de noviembre y 3 y 4 de diciembre, de acuerdo con el siguiente programa:

Lunes 29 de noviembre:

Francisco de Aparicio, Problemas de exposición en un museo arqueológico.

Ramón Pardal, Paleopatología de un cráneo indígena de Mendoza.

Milcíades A. Vignati, Arqueología de las lagunas de Guanacache.

Enrique Palavecino, Algunos relevamientos antropométricos de aborígenes argentinos.

Martes 30 de noviembre:

José Imbelloni, Sobre el lugar que corresponde a la raza Fueguída en la serie de las formaciones humanas australoides.

Salvador Canals Frau, Etnología histórica de la provincia de Mendoza.

Julián Cáceres Freyre, Hallazgos arqueológicos en La Rioja.

Romualdo Ardissonne, Algunos silos de la quebrada de Humahuaca.

Viernes 3 de diciembre:

Fernando Márquez Miranda, Investigaciones arqueológicas en la provincia de Jujuy.

Francisco de Aparicio, Arqueología de la laguna de los Porongos.

Arturo Alvarez, Índice racial bio-químico de los matacos.

Alejandro F. Bordas, La ubicación sistemática del fémur del Tetraprotomo argentinus Amegh.

Sábado 4 de diciembre:

Eduardo Casanova, Investigaciones arqueológicas en el Altiplano.

Edmundo Wernicke, La "Verdadera y breve Relación de Staden".

Ramón Pardal, Deformación craneana: fisio-patogenia del proceso deformatario. El cerebro de los deformados.

Eva Iribarne, Algunos vasos de las orillas del Paraná.

Juan Alfonso Carrizo, El cancionero indígena del Altiplano.

Se celebraron, además, las siguientes sesiones de comunicaciones:

4 de mayo de 1938:

Abelardo Gallo, Roberto Lehmann Nitsche.

Francisco de Aparicio, Investigaciones arqueológicas en el valle de Uspallata.

Fernando Márquez Miranda, Pictografías de Inca Cueva (Jujuy).

Salvador Canals Frau, La población pre-araucana de la cordillera del Neuquén.

8 de junio de 1938:

Salvador Canals Frau, El límite austral de los diaguitas.

Alberto Salas, Nomenclatura del hacha.

28 de julio de 1938:

José Torre Revello, Relación inédita del hermano Antonio Rodríguez. Siglo XVI.

R. P. Juan V. Monticelli, Régimen alimenticio de los Incas.

Milcíades A. Vignati, Arqueología de Martín García.

7 de septiembre de 1938:

José Imbelloni, Sobre las dos escrituras Proto-Hindú y de Rapanui.

Socios. Como una consecuencia de la modificación de los Estatutos que rigieron la Sociedad hasta el 22 de septiembre de 1937, en lo que respecta a la admisión de los socios, su rango y funciones en el desarrollo y gobierno de la misma, se puede advertir un gran aumento de asociados durante este período. Anteriormente a la reforma de los Estatutos, la Sociedad estaba constituida por 10 socios activos y 21 adherentes. Durante el ejercicio 1937-1938 ingresaron 36 socios activos y 13 estudiantes, cuyos nombres son los siguientes:

Socios activos:

José Anesi.

Cristina Correa Morales de Aparicio.

Adolfo Arana.

Carlos F. Barraza.

Berta Vidal de Battini.
 Alejandro Bordas.
 Ricardo Caillet-Bois.
 Alfredo Calcagno.
 Rodolfo Carcavallo.
 Juan Alfonso Carrizo.
 Federico A. Daus.
 E. Mansilla Derqui.
 Abelardo Gallo.
 Anavadro Gnecco.
 Pastor Jordán.
 Ricardo de Lafuente Machain.
 Carlos Lizer y Trelles.
 Osvaldo Loudet.
 Julio Marc.
 Alberto A. Mignanego.
 José Luis Molinari.
 Francisco Pardo.
 Beatriz Perazo.
 Ana María M. de Rebollo Paz.
 Alberto Salas.
 Modesto Santillán Robles.
 Miguel Solá.
 Augusto Tapia.
 Alfredo Taullard.
 Raúl Ungaro.
 Carlos Vega.
 Oscar Vigliani.
 Raúl Vigliani.
 Edmundo Wernicke.
 Rómulo Zabala.
 Rómulo Zabala (hijo).

Socios estudiantes:

Ernesto Annecou.
 Marta Barrionuevo.
 Enrique Benítez de Aldama.
 Clotilde Fernández.
 Roberto Fraboschi.
 Carolina Graiño.
 Eusebia Ibáñez.

Aníbal Nasia.
 Justo Pérez Gardel.
 Hugo Rivarola.
 Raquel Sanz.
 Roberto Scalabrini.
 Juan Manuel Suetta.

Socios honorarios y correspondientes:

Socios honorarios:

Paul Rivet.
 Wilhelm Schmidt.
 Max Uhle.

Socios correspondientes:

Renato Biassutti.
 Alfonso Caso.
 Lidio Cipriani.
 John M. Cooper.
 Raoul d'Harcourt.
 Georg Friederici.
 Manuel Gamio.
 Martín Gusinde.
 Alex Hrdlická.
 Jacinto Jijón y Caamaño.
 Wilhelm Koppers.
 Alfred L. Kroeber.
 Ricardo E. Latcham.
 Henri Lavachery.
 Walter Lehmann.
 Sigvald Linné.
 Samuel K. Lothrop.
 Sven Lovén.
 Aureliano Oyarzún.
 Luis A. Pardo.
 Eric von Rosen.
 Stig Rydén.
 Max Schmidt.
 Julio C. Tello.
 Luis E. Valcárcel.
 Henry Wassén.

MEMORIA 1938 - 1939

Consejo Directivo. En la Asamblea ordinaria de socios convocada el 28 de septiembre de 1938, a los efectos de renovar autoridades, resultó electo para el período 1938-1939 el siguiente Consejo Directivo: Presidente, Francisco de Aparicio; Vicepresidente, Eduardo Casanova; Secretaria, Eva Iribarne; Tesorero, Gervasio Fernández Madero; Vocales: Salvador Canals Frau, José Imbelloni, Fernando Márquez Miranda, Enrique Palavecino y Milcíades Alejo Vignati.

En la reunión del 1° de junio de 1939, se consideró y aceptó la renuncia que la Srta. Eva Iribarne hacía de su cargo de Secretaria, por tener que ausentarse del país, nombrándose en su reemplazo al Sr. Alberto Salas.

El Consejo Directivo celebró sesiones los días 1° de junio y 1° de agosto de 1939. El día 27 de septiembre del mismo año, en Asamblea general de socios se eligió el Consejo Directivo para el período 1939-1940.

Iniciativas. Durante el transcurso de este período aprobó las siguientes iniciativas presentadas al mismo por sus miembros:

En la reunión del 1° de junio de 1939 se consideró la realización de la Semana de Antropología, resolviéndose, de acuerdo con lo dispuesto en la reunión celebrada el 16 de agosto del año ppto., que ella tendría como único tema de deliberaciones "Los primitivos habitantes de Santiago del Estero". En la misma sesión, y a propuesta del Sr. Enrique Palavecino, el Consejo Directivo resolvió dirigir una nota al Director del Museo de La Plata, Dr. Joaquín Fraguelli, solicitando se diera mayor importancia a los estudios antropológicos en el nuevo plan de estudios en preparación. Se decidió, además, a moción del señor Presidente, dirigir una nota al Dr. Ricardo Rojas, felicitándolo por la fidelidad y pulcritud histórica con que realizó su drama "Ollantay".

Reuniones científicas. Durante este período se celebraron varias reuniones de comunicaciones y la Semana de Antropología, cuyas sesiones, que contaron con el unánime apoyo de investigadores y centros científicos, estuvieron aplicadas, exclusivamente, a la discusión de un solo problema. El programa de las reuniones y de la Semana de Antropología, celebradas en el local del Museo Etnográfico de la Facultad de Filosofía y Letras, es el siguiente:

5 de octubre de 1938:

Eduardo Casanova, Hallazgos en un sepulcro de tipo santamariano.

Enrique Palavecino, Nuevas observaciones sobre la antropología física de los indios del Chaco.

Francisco de Aparicio, Petroglifos en la provincia de La Rioja.

19 de abril de 1939:

Salvador Canals Frau, Una antigua población láguida en la mesopotamia argentina.

Milcíades Alejo Vignati, Una fuente documental que se esfuma.

Enrique Palavecino, Un cementerio indígena en la provincia de Córdoba.

17 de mayo de 1939:

Adolfo Dembo, Criterio para la diagnosis de las mutilaciones dentarias.

Alberto Salas, Hallazgos de hachas de piedra pulida en Neuquén.

Fernando Márquez Miranda, El peinado de los diaguitas.

Semana de Antropología:

Presentación del problema.

26 de junio de 1939:

El ambiente geográfico, por Joaquín Fraguelli.

El descubrimiento del territorio, por Ricardo Caillet-Bois.

27 de junio:

Síntesis histórica, por Enrique Palavecino.

Síntesis arqueológica, por Francisco de Aparicio.

Síntesis antropológica, por José Imbelloni.

Síntesis paleontológica, por Alejandro Bordas.

Síntesis malacológica, por Martín Doello Jurado.

28 y 30 de junio:

Exégesis.

Colaboraron en la exégesis, a invitación del Consejo Directivo, los siguientes especialistas:

Francisco de Aparicio.

Salvador Canals Frau.

Eduardo Casanova.

José Imbelloni.

Fernando Márquez Miranda.

Enrique Palavecino.

Antonio Serrano.

Milcíades Alejo Vignati.

Emilio Wagner.

22 de diciembre de 1939:

Francisco de Aparicio, Presentación de una serie de estatuillas de plata, procedentes del Cuzco.

Salvador Canals Frau, Los indios del distrito de Buenos Aires según el repartimiento de 1532.

10 de abril de 1940:

José Imbelloni, Un cráneo grabado de Chan-Chan.

Leoncio M. Deodad, Un bastón mágico herpetiforme de Patagonia.

15 de mayo de 1940:

Francisco de Aparicio, Petroglifos de San Juan.

Ramón Parda, Cráneo indígena infantil con procesos osteogénéticos del techo de las órbitas.

Romualdo Ardissonne, El topónimo "ombú".

19 de junio de 1940:

María de las Mercedes Constanzó, Observaciones sobre algunos cráneos Pueblos.

Delia M. de Palavecino, Forma y significación de los motivos ornamentales de las "llicas" chaquenses.

Berta Vidal de Battini, La leyenda de la ciudad perdida.

Cristina C. M. de Aparicio, Los "Escritos de Frank Pedlington".

16 de julio de 1940:

Juan Alberto Vellard, Etnografía de Matto Grosso Central.

21 de agosto de 1940:

Ricardo Garbers, Sobre un tuestó grabado procedente de Río Negro.

Adolfo Dembo, Dos mujeres Izozó con mutilaciones dentarias intencionales. Presentación de algunos tipos indígenas del Chaco.

Oswaldo Paulótti, Alfarería Guarayo.

Socios. Durante este período ingresaron a la Sociedad 6 socios activos y 16 estudiantes, cuyos nombres son los siguientes:

Socios activos:

Armando Braun Menéndez.

José Cortez Martínez.

Ricardo Garbers.

Rafael Jijena Sánchez.

José Marelli.

Alberto Rex González.

Socios estudiantes:

Marta Aldanondo.

María Adela Carbone.

Angel Castellán.

Delia Chianelli.

Guillermo Fernández.

Isolina Grossi.

Cora Guyer.

María Irene Ilesca.

Dolores Márquez.

Dora Masotto.

Nelly Ons.

Adolfo Rivera.

Nélida Teppa.

Delia Terrén.

Mercedes Terrén.

Hebe Unia.